

Notas para una crisis

Notes for a Crisis

María CARRILLO ESPINOSA

Université de Franche-Comté

maria.carrillo_espinosa@univ-fcomte.fr

Resumen: Este artículo está dedicado un ensayo temprano de la pensadora andaluza María Zambrano titulado *La vida en crisis* (1942). El objetivo central de este análisis es explorar las pistas que ofrece la autora sobre definición de una crisis y la posible salida de esta. Para esbozar un panorama más completo de su pensamiento se establecerán relaciones con otros textos de la misma época incluidos en su libro *Hacia un saber sobre el alma* (1950), de la misma forma en que se verá su continuidad en textos de madurez como *El hombre y lo divino* (1955), *La tumba de Antígona* (1967) y *Los bienaventurados* (1990). En conjunto, estos textos abren la hipótesis de si para la escritora andaluza el camino de salida de una crisis es una consecuencia de la recuperación de lo que ella llama «saber sobre el alma»; esto es, si solo después de construir un espacio reflexivo interior, en los términos que precisa la autora, es posible pasar de forma serena por un momento de crisis.

Palabras clave: Crisis, Saber sobre el Alma, Mística, Job, Antígona

Abstract: This article is dedicated to an early essay by the Andalusian philosopher María Zambrano entitled *La vida en crisis* (1942). The aim of this analysis is to examine the clues offered by the author on the definition of a crisis and the possible way out of it. In order to outline a fuller picture of her thought, relationships will be established with other texts from the same period included in her book *Hacia un saber sobre el alma* (1950). In the same way, we will see the continuity of these thoughts in mature texts such as *El hombre y lo divino* (1955), *La tumba de Antígona* (1967), and *Los bienaventurados* (1990). These texts all together open the hypothesis that for the Andalusian writer the way out of a crisis is a consequence of the recovery of what she calls «saber sobre el alma» (wisdom about the soul). That is, only after building a space for inner reflection, in the terms specified by the author, is it possible to go through a period of crisis in a serene manner.

Keywords: Crisis, Wisdom about the Soul, Mysticism, Job, Antigone

Fecha de recepción: 03/03/2020

Fecha de aceptación: 16/03/2020

«No parece demasiado necesario justificar que creamos estar viviendo en crisis; es ya un lugar común en nuestros días, y como tantos otros lugares comunes nos hace correr el peligro de que resbalemos sobre él, sin adentrarnos» (Zambrano, 1950: 99). Con estas palabras la pensadora andaluza María Zambrano abría su ensayo *La vida en crisis*, publicado en *Revista de las Indias*, en Colombia, en 1942. A casi ocho décadas de su publicación, las ideas de Zambrano sobre el sentimiento constante de crisis que permea la época moderna se mantienen vigentes de forma innegable. Si bien el contexto que dio origen a estas reflexiones era específico del paso de la primera guerra mundial, la guerra de España y el exilio español republicano, *La vida en crisis* alberga una dimensión reflexiva que va más allá de su circunstancia.

Durante sus primeros años de exilio, Zambrano dedicó varias obras a la crisis de Europa, que ella experimentaba en carne propia, pero que dirigía a un público en principio ajeno a estos acontecimientos. La conferencia en La Casa de España en México en 1939, una de sus primeras intervenciones en Hispanoamérica, fue un momento clave de esta distancia cultural. En aquella ocasión, después de hablar de la historia de España, y de su complejo entramado político, la pensadora andaluza decía a su auditorio: «Y perdonadme que si para vosotros no tenga el tema el interés de vida o muerte que tiene para quien os habla, y para todo español, os lo haya ofrecido sin embargo» (1939: 30). Consciente de la distancia vivencial entre el contexto europeo y el hispanoamericano, la autora decide trasladar sus inquietudes a un plano en común a ambos campos culturales. La crisis de

Europa, por lo tanto, se conecta con procesos personales que atravesaría cualquier ser humano que pertenezca a la tradición occidental; razón principal por la que un texto como *La vida en crisis* no ha perdido vigencia.

Este ensayo de 1942 ha sido analizado en su dimensión histórica (Mora García, 2015; Soto y Espinosa, 2015; De La Cruz Ayuso, 2004). Con frecuencia se vincula con *La agonía de Europa*, publicado 1945 en la editorial argentina Sudamericana, y *Los intelectuales en el drama de España*, publicado en Chile en 1937. Tales publicaciones ofrecen un panorama de los hechos que sacudieron Europa durante la primera mitad del siglo xx y es necesario su análisis en relación con sus referentes contextuales (Revilla, 2018). En esta ocasión, en cambio, con la finalidad de ampliar las posibilidades hermenéuticas presentes en la obra de Zambrano, propongo dirigir la atención hacia los momentos de crisis desde un punto de vista individual; esto es, desde su componente humano que trasciende fronteras geográficas y generacionales. Preguntas como ¿cuál es la imagen de un individuo en crisis?, ¿qué herramientas existen para enfrentarse a un momento adverso? o ¿hay algún camino de salida esbozado por lo autora? nos interpelan en cuanto habitantes del siglo XXI y nos invitan a reflexionar en torno al texto zambrano en cuestión. Como es bien sabido, la obra de Zambrano no ofrece argumentos lineales que lleven a una respuesta inequívoca; por el contrario, sus pensamientos se entretajan en una suerte de laberinto poético-conceptual y el lector es invitado a adentrarse en él para buscar las pistas que permitirán descifrarlo (Ciochinni, 1979). Así, una posible respuesta a las interrogantes sobre la noción de crisis se encuentra con al menos tres claves de lectura que desarrollaré en este estudio. La primera será el vínculo establecido por la autora entre el sentimiento de crisis y la desvalorización de la

forma de conocimiento espiritual que ella llama «saber sobre el alma». De aquí se desprende la relación ineludible entre la espiritualidad y la superación de los momentos difíciles. Sin embargo, para entender esta asociación hay que tener presentes las particularidades de la mística zambraniana, por lo que dedicaré una segunda parte a su resignificación de conceptos religiosos de cara al sentimiento de crisis. Y, por último, me gustaría contrastar las pistas trazadas por la autora con su posible concreción en los personajes literarios que aparecerán en su obra de madurez —a saber, Antígona, Job y los bienaventurados— los cuales se caracterizan por un saber hermético que es capaz de transformar una situación, que parecería de desgracia, en un estado favorable tanto desde el punto de vista epistemológico, como espiritual.

Crisis: ausencia de saber sobre el alma

Las líneas, arriba citadas, que abren del ensayo remiten a la impresión de vivir en una crisis constante y a la escasa atención que se ha prestado a dicha situación: como si al ocultar una crisis, esta desapareciera. La autora propone que, por el contrario, habría que profundizar en las implicaciones de este sentimiento de crisis. Cuando sugiere que si se deja pasar de lado la percepción de una crisis «será tanto como resbalar sobre nuestra propia vida» (1950: 99) abre una invitación a emprender un camino de interiorización necesario, puesto que nadie quisiera descubrir que ha transitado su vida sin tener una consciencia clara de ello. Con el objetivo de construir este conocimiento interior, la pensadora andaluza no dejará de insistir en la importancia de traer a la luz los infiernos, los sentimientos escondidos, así como algunos conceptos racionales vacíos que el ser humano lleva dentro pero que debería de echar fuera de sí. Esta misión

pone en marcha una de sus ideas más persistentes: la relevancia de la introspección y el conocimiento espiritual sintetizada en eso que ella llama «saber sobre el alma», siendo esta condición espiritual aquello que se rompe cuando acontece una crisis. «Lo que está en crisis —dice Zambrano— es este misterioso nexo que une nuestro ser con la realidad, algo tan profundo y fundamental, que es nuestro íntimo sustento» (1950: 104). Para Zambrano la crisis no es simplemente un estado de inquietud o de incertidumbre, sino que es la pérdida de la conexión con una dimensión espiritual.

Veamos a continuación en qué consiste este «saber sobre el alma». El alma zambranianiana concierne al conocimiento interior que el hombre puede tener de sí mismo y de su entorno, siempre relativo a su cuadratura temporal. Así, el alma se ancla en el «yo» y en su propio tiempo. Tal indagación en la interioridad humana escapa al método lógico-racional, pero no por eso se reduce a un estado contemplativo a la espera de revelaciones de corte místico. Al contrario, el saber sobre el alma exige una participación consciente. Uno de sus objetivos es descifrar la correspondencia de elementos contrarios, pero complementarios entre sí. Algunos de ellos son luz-oscuridad, razón-poesía, tiempo-finitud. La luz solar necesita de la oscuridad para crear la transparencia —medio de visibilidad más nítido que la luz solar por sí misma—. La razón necesita de la poesía para llegar estados de ánimo que no son accesibles más que en la ausencia del lenguaje. El tiempo cobra sentido al tener un fin ineludible pero incierto. El objetivo en estos tres ejemplos es unir dos mundos que la tradición occidental ha considerado contradictorios. Así el saber sobre el alma conlleva una participación intelectual activa. En el famoso ensayo *Hacia un saber sobre el alma*, la autora habla explícitamente del nivel de dificultad que requiere adentrarse en esta forma

de conocimiento. Ella plantea que es necesario lograr tener «la agilidad que la mente necesita para tratar adecuadamente el alma» (1950: 29), porque la otra cualidad de esta metáfora del alma es su existencia temporal, lo que hace que a veces se muestre y otras se oculte. En síntesis, podemos decir que el saber sobre el alma es un conocimiento interior de una realidad no accesible por un método lógico-racional que tiene por objetivo construir conceptos que se desplieguen en el tiempo o viceversa: asir ideas que provengan de la experiencia temporal. La importancia de esta compleja delimitación del saber sobre el alma reside en que, para la autora, únicamente bajo estas coordenadas es posible adentrarse en la propia vida. Si los opuestos complementarios permanecen divididos, la percepción de la realidad también está dividida. Se pierde el conocimiento de uno mismo y por lo tanto las circunstancias externas se imponen sin ningún tipo de resistencia. Es aquí donde tiene lugar una crisis. En palabras de Zambrano una crisis es:

...inquietud que nos viene de fuera, no libertadora actividad que brota de adentro. Lo más humillante que existe para un ser humano, es sentirse llevado y traído, arrastrado, como si apenas se le concediera opción, como si ya apenas fuese posible elegir, ni tomar decisión alguna porque alguien, que no se toma la pena de consultarlo, las está ya tomando todas por su cuenta. (1950: 101)

Así pues, en los momentos de crisis se rompe la armonía interior-exterior de modo que la libertad claudica frente a la realidad. Ahora bien, esta argumentación no se sustenta únicamente en términos intelectuales. Se alude también al dolor de las crisis y por eso se considera imperioso encontrar una mejor forma de transitarlas. En el fragmento apenas citado

Zambrano habla de humillación. Hablará también de vergüenza y de violencia. De ahí la importancia de su llamado saber sobre el alma que tal vez ofrezca una guía en el paso por una crisis.

Otro concepto que se conecta con esta cualidad salvadora del saber sobre el alma y que también sirve de reparo en los momentos de crisis es la «metáfora del corazón». Se trata de una imagen poética con diferentes planos conceptuales: como conocimiento salvador, como representación corporal de la temporalidad y como refugio o casa habitable. El saber que se desprende del corazón viene de una luz tenue. Su atributo más significativo es el movimiento rítmico, a veces asociado con una flama de fuego, otras, con la luz de una lámpara de aceite. La llama que se mueve, o palpita, dentro del corazón representa el fogón de una casa, con las connotaciones acogedoras y de contención que esto representa. A su vez, esta luz que brota en el centro del corazón se desliza entre sus cavidades. La autora lo plantea de la siguiente manera: «a veces en él arde una llama que sirve de guía a través de situaciones complicadas y difíciles, una luz propia que permite abrirse paso ahí donde parecía no haber paso alguno» (p. 64). Así la guía en medio de una crisis viene del corazón. Esto, lejos de parecer un cliché, es una apuesta intelectual, poética y espiritual por conquistar un estado armonioso de luz-oscuridad, interior-exterior, racionalidad-afectividad, etc. Con estas cualidades el corazón se convierte en el centro del cuerpo y coincide con la metáfora del «centro último» u objetivo final de la vida. Encontrar este centro es el objetivo más grande porque el saber que se despliega desde la metáfora zambrana del corazón solo puede ponerse en marcha si tiene un punto de partida sólidamente cimentado. ¿En qué consisten los cimientos del corazón? En sus creencias y en la aceptación de su temporalidad finita. Ambas características

dan a este espacio interior la serenidad para abrirse a la realidad y acogerla de una forma favorable: esto es, en armonía con uno mismo y con circunstancias que tal vez no sean las mejores, pero que pueden acogerse sin humillación o vergüenza.

Tales nociones del alma y del corazón explican la fuerza del siguiente pasaje de *La vida en crisis* que llama a aceptar la pérdida de asideros:

En los instantes de crisis, la vida aparece al descubierto en el mayor desamparo, hasta llegar a causarnos rubor. En ellos el hombre siente la vergüenza de estar desnudo y la necesidad terrible de cubrirse con lo que sea. Huida y afán de encontrar una figura que hace precipitarnos en las equivocaciones más dolorosas. Lo que haría falta es simplemente un poco de valor para mirar despacio esta desnudez; ver cómo nos queda cuando ya no nos queda nada. (1950: 102)

Permanecer de pie frente a un momento de crisis no es una tarea fácil. Requiere, como se ha dicho, de un saber especial que sea capaz de transitar desde la vergüenza hacia la aceptación de la «desnudez» en que tiene lugar una crisis. El reflejo inmediato es evadirse y buscar la primera idea disponible para cubrirse con ella. Sin embargo, dice Zambrano que si se lograra atravesar ese momento de fracaso y vergüenza, podría resultar que no todo está perdido: la esencia humana, presente en su «alma» y su «corazón», sigue intacta.

Crisis y espiritualidad

Pensar en un camino espiritual como una forma de sobrellevar los momentos de crisis parecería un lugar común. Sin embargo, la originalidad de este planteamiento reside en

las nociones mismas que la autora esboza sobre la religiosidad. Punto de quiebra frente al pensamiento de su mentor Ortega y Gasset (Abellán 2004; Stanton 1998), la autora construye una mística personal anclada en diferentes tradiciones y en la que también persisten conceptos de corte filosófico como la temporalidad o la hermenéutica (Bungard 2000). Para el momento en que escribe *La vida en crisis*, Zambrano se interesa especialmente por reformular palabras clave de la tradición cristiana como el alma, la humildad o la trascendencia y las vincula con conceptos de la religión griega como el delirio órfico y la embriaguez dionisiaca.

Comencemos por los referentes mitológicos. Para Zambrano, los misterios eleusinos son una revelación de todos los pensamientos y las pasiones que el hombre lleva dentro, mismas que desconoce o que no quiere aceptar. En sus orígenes este culto se interesaba por los ciclos vida-muerte, muerte-resurrección, asociados, en un primer momento, con la producción agrícola y, después, con una visión temporal de la existencia humana. Los dioses invocados en los misterios eleusinos —Démeter, Perséfone, Orfeo y Dionisos— estaban relacionados con el descenso al inframundo y, aunque su culto no ofrecía consuelo o promesas remitidas al futuro, ofrecían, en cambio, un saber especial sobre el tiempo interior y la propia muerte. La embriaguez y el delirio, acciones clave en los rituales órfico-dionisiacos, son retomadas por Zambrano desde su sentido meramente epistemológico, pues tanto la embriaguez, como el delirio hacen posible que detalles inaccesibles por medio de un método racional se manifiesten en una realidad humana concreta.

El delirio es un término que se volverá muy importante en la obra de madurez de la pensadora andaluza. Este proviene de la irracionalidad, pero no conduce a la escritura automática, sino que responde a la irrupción de «un sentir», con todo y su dimensión

temporal¹. En otro texto de 1944 «Poema y sistema», la autora plantea que esta dimensión vivencial y temporal del delirio podría rescatarse gracias a los cultos órficos y dionisiacos que indagaban en estados irracionales con la esperanza de llegar hasta el centro humano, descrito en palabras de Zambrano como: «constante fondo sobre el que destaca la voz de lo inteligible» (1950: 52). ¿Cuál es el interés en llegar a este centro? En el libro de 1955 *El hombre y lo divino*, se dirá que la importancia del delirio órfico será rescatar la propia alma, lo que significará tomar consciencia de la propia temporalidad y por ende de la propia historia. En seguida las palabras de Zambrano en la presentación de la primera edición del libro: «El que no sabe lo que le pasa, hace memoria para salvar la interrupción de su cuento, pues no es enteramente desdichado el que puede contarse a sí mismo su propia historia» (1955: 24).

Una vez logrado el descenso órfico a los infiernos, tiene lugar el despertar de la embriaguez dionisiaca. La reinterpretación abiertamente personal de las orgías en honor a Dionisos aparece en *Hacia un saber sobre el alma*. Aquí estos rituales son revalorados como un acto de «reconciliación del alma con la vida» (1950: 319). También en *La vida en crisis* la embriaguez es una recompensa como lo demuestra la siguiente afirmación: «cuando la razón se ha embriagado, el despertar es “entrar en realidad”, tal vez sea por el momento hacer memoria, hacer historia, recoger de las tribulaciones, la experiencia» (1950: 121).

¿Qué implicaciones tiene la noción embriaguez para Zambrano? Se diferencia del delirio en cuanto alude a la búsqueda

¹ Notamos aquí otra diferencia en relación con el pensamiento de Ortega y Gasset. Al referirse al delirio y la embriaguez, él mantenía un discurso apegado a los datos que se conocen sobre los rituales dionisiacos. Zambrano, en cambio, establece una analogía, de su propia invención, con el conocimiento interior. Otro aspecto que la distingue de Ortega es que él no marcaba diferencias entre la embriaguez y el delirio. Los comentarios de Ortega al culto dionisiaco se pueden encontrar su libro de 1944, *La razón histórica*, incluido en el tomo XII de sus *Obras completas* (1947-1960: 263-266).

incansable de formas nuevas. Esto se vincula con una visión del mundo y, por qué no, con una forma de vida de quien ha sabido aceptar las muertes y los renacimientos que conlleva el devenir temporal. La siguiente propuesta de *La vida en crisis* se refiere a la embriaguez como una dinámica intelectual y de creación: «El hombre nunca ha nacido del todo, tiene el trabajo de engendrarse nuevamente o esperar ser engendrado. Por eso tenemos tiempo, estamos en el tiempo, pues no tendría sentido consumirnos en él, si ya estuviésemos forjados del todo» (1950: 112). Y en seguida la autora encadena un referente bíblico: «porque sabemos que todas las criaturas gimen a una, y aún están de parto hasta ahora» (1950: 112)². La Epístola de San Pablo se une con el doble nacimiento de Dionisos, dando a la embriaguez un sentido distinto: de tránsito entre diferentes formas cada vez mejor logradas.

Del mismo modo, la reinención mística de la embriaguez dionisiaca traslada el símbolo del vino a aquel de la sangre de cristo en la comunión cristiana. En el ensayo de 1944 «La metáfora del corazón» la sangre se une con lo divino por medio de un pacto que —gracias a la embriaguez— acerca a sus participantes a la vida que se había pensado para los dioses:

La sangre ha tenido sus adoradores, pero no han sido arrebatados, sino ebrios. [...] La sangre como el vino embriaga. Es metáfora de suma comunión, de culto dionisiaco, de embriaguez vital, en el que se transfunde una vida divina a quien la bebe. (1950: 63)

Llama la atención el uso de la palabra «comunión», proveniente de la liturgia cristiana, para hablar de Dionisos. Siguiendo este mismo proyecto de entrelazar conceptos

² La cita proviene de la Epístola del Apóstol San Pablo a Los Romanos, 8:22.

distantes en la creación de su propia dimensión mística, algunas metáforas del cristianismo cambian de sentido para ofrecerse como una herramienta de superación del sentimiento de crisis. No está demás recordar que, desde el inicio de su carrera filosófica, la autora finca en la tradición cristiana un pilar de su ideología personal. Tal vez, en comparación con el peso que tienen los mitos griegos en su obra, las alusiones directas a la religión cristiana sean escasas, pero se integran de forma tal en sus reflexiones que la mística, aun sin estar presente, permea buena parte de su argumentación.

Una de las pocas alusiones directas a Cristo aparece hacia el final de «La escuela de Alejandría»:

La nueva fe cristiana ofrecía, no una idea, sino una imagen. La figura de un Dios que había querido ser hombre para estar vivo y morir; muerte cruenta y no muerte suave, ni callada. El misterio central de esta fe era la Pasión, en que el padecer, todo el padecer que puede contener una vida, hallaba su espejo y paradigma. (1950: 182)

La «pasión» de Cristo tiene por objetivo emprender la búsqueda de la «imagen» de lo divino. En el mundo poético-conceptual de Zambrano esta imagen de lo divino otorga a los hombres la experiencia de la pasión, entendida aquí como trascender o padecer el tiempo. Asumir la propia existencia entre la vida y la muerte desemboca en *La vida en crisis* en una revelación sobre la importancia de elegir existir con consciencia de sí. La pregunta que la autora hará con frecuencia: «¿es posible ser hombre?» no se conforma con una negación o afirmación racional, sino que exige su realización concreta —«encarnación» en términos religiosos— en la vida de cada individuo. Entonces la única forma de responder a la pregunta de si es posible ser hombre es

«ofreciendo una forma de vida, una figura de la realidad dentro de la cual el hombre tiene un determinado quehacer y toda su existencia un sentido» (1950: 101).

Se unen a este proyecto místico de fincar una existencia auténtica tres conceptos de la tradición cristiana: la trascendencia, la confianza y la humildad. Trascendencia, en su sentido dogmático, sería el ascenso a una vida eterna y atemporal, pero la autora extiende su significado hacia referentes laicos. De modo que la trascendencia en «La vida en crisis» es definida como apertura a la otredad³. Dice Zambrano: «trascendencia no es sino la capacidad que tienen los seres para salir de sí rebasando sus propios límites, dejando una huella en otro ser, produciendo un efecto, actuando más allá de sí como si el ser de cada cosa terminara en otra» (1950: 105). Trascender sería, entonces, transmitir la propia experiencia y conocimiento, al mismo tiempo que alimentarse de los saberes que brindan todos los seres humanos.

Tanto la idea de humildad, como la de confianza se reconfiguran en relación con esta noción zambraniana de la trascendencia. «La humildad suele ser el punto de partida más firme para lanzarse a una ilimitada aventura» (1950: 150), dice la autora en el ensayo dedicado a San Agustín *Más sobre «La ciudad de Dios»*. Alejada del sentido tradicional de insignificancia frente a lo divino, la humildad es redefinida como «sentirse sin ser propio y acabado» (1950: 150), percepción que invita a ejercer la capacidad de elección y de autoconstrucción. La confianza, por su parte, es la puerta de entrada a la realidad exterior. En *La vida en crisis* las nociones de confianza y humildad se desplazan hacia una dimensión terrenal para exhortar a la apertura hacia aquello que el exterior—los demás seres y lo divino— pueda ofrecer. De este modo, la confianza

³ Tal noción del concepto de trascendencia coincide tanto con Ortega y Gasset, en *Ideas y creencias* de 1942, como con Francisco Romero, en *Filosofía de la persona*, 1944.

y la humildad hacen posible que exista una relación armoniosa entre la interioridad humana y las circunstancias externas, cualidad que permite actuar y no solo padecer los acontecimientos que vienen del exterior. Tal armonía extiende una promesa por demás atractiva: la serenidad de atravesar la vida de forma tal que sea posible soltarla cuando llegue el momento de la muerte. Esto es formulado en «La escuela de Alejandría» con las siguientes palabras: «Hay que evitar la muerte adelantándose a ella, de manera que cuando llegue apenas encuentre qué consumir, suave mariposa de aceite, que se apaga sin que garra alguna la estruje, dócil al más débil soplo» (1950: 180). Así pues, el sentimiento de crisis que caracteriza la cultura contemporánea podría ser vencido gracias a este entramado poético y conceptual capaz de mantenerse en la línea divisoria vida-muerte, luz-oscuridad, interior-exterior. Dicho equilibrio conquistaría, a su vez, la capacidad de transformación que se resuelve en libertad y ligereza. Promesas todas de un tránsito pasible por los momentos adversos.

¿Salida de una crisis?

Se ha visto hasta este momento que tanto en *La vida en crisis*, como en otros textos de la misma época la autora esboza algunos pilares que podrían servir de apoyo cuando se atraviesa por una crisis. Sin embargo, en este ensayo queda abierta la pregunta de si existe una salida concreta. La respuesta vendrá en la obra posterior de la pensadora andaluza. Varios de sus personajes literarios, como Job, Antígona o los bienaventurados, responden a la apuesta zambraniana por encontrar en la vía espiritual una salida donde parecería no haberla.

Job es un personaje que representa la desesperanza tras haberlo perdido todo. Sin embargo, gracias a la aceptación de su crisis como tal —fenómeno temporal con principio y fin—

él logra llegar al centro de sí mismo, se entrega al abandono místico y, así, es capaz de nacer de nuevo. Su historia aparece en el ensayo escrito en 1970 *El libro de Job y el pájaro* que formará parte de la segunda edición de *El hombre y lo divino*. Este personaje proveniente de la literatura sapiencial del Antiguo Testamento —sin ser un dios, ni un héroe— se erige como un símbolo de lo humano y su sufrimiento (Muñiz-Huberman 1998; Guy 1984). De este modo, la proeza de este protagonista del mundo zambrano será descifrar la relación del hombre con lo divino. Al establecer una relación de correspondencia armónica entre realidades opuestas: la soledad y el desarraigo de frente a la unión y la pertenencia a lo divino, Job atraviesa un camino iniciático en el que debe avanzar deshaciéndose, como los místicos; y al final de este puede reconciliarse con la realidad exterior. En un primer momento, el abandono místico de este personaje lo lleva a rendirse y a esperar la muerte, pero en seguida comprende que existe una tensión de contrarios entre la finitud y la incertidumbre, pues no basta con dejarse morir para que su muerte realmente acontezca. Sin la posibilidad de saber cuándo podrá morir, Job se adentra en un estado de confusión en el que pierde las dimensiones espaciotemporales. La fe, el entorno e incluso su propio cuerpo se desvanecen hasta ser reducido a «una pura entraña», «una herida que se es» (1950: 404). La muerte sigue sin llegar y mientras tanto Job alcanza la cima de la desposesión. Sorprendentemente, es así como encuentra una solución a su tormento. Dicha solución consiste en la aceptación total de su existencia. La resolución liberadora proviene de la interpretación de las palabras que Dios dirige a Job en el texto bíblico «haber de hacer». Para Zambrano estas palabras son una exhortación para tomar consciencia de todo lo que queda por crear. Lección que responde a esta afirmación formulada con anterioridad en *La vida en crisis*:

Lo que la crisis nos enseña, ante todo, es que el hombre es una criatura no hecha de una vez, no terminada, pero tampoco inacabada y con un término fijo. Ni estamos acabados de hacer, ni nos es evidente lo que tenemos que hacer para acabarnos; no está prefijado cómo hemos de terminarnos a nosotros mismos. (1950: 104)

Entonces Job, al descubrir que tiene la posibilidad de construirse a sí mismo —su «haber de hacer»— pone fin a su tortura: es capaz de reconciliarse con esta realidad exterior simbolizada en lo divino y emprende un vuelo místico que lo libera de su sufrimiento.

El otro personaje que escapa de su condena es Antígona. Una de las figuras más comentadas en la obra de la pensadora andaluza y quizás también una de las más logradas por su originalidad y fuerza poética. La Antígona zambrana es enterrada en vida y desde su tumba enfrenta uno a uno los fantasmas de su pasado hasta no liberarse de todas las historias que llevaba auestas pero que no le pertenecían. Al final de la obra, Antígona sigue en su tumba, pero se ha redimido de su pasado, por lo que logra trascender a una realidad mística. Como en la historia de Job, la tumba es una oportunidad para que Antígona forje su segundo nacimiento, que solo es posible desde la particular noción de *hybris* que Zambrano atribuye a la tragedia de Sófocles. Para la autora, la expiación de los errores ofrece como recompensa la experiencia de lo sagrado y la conexión con lo divino:

Solo después de una cadena de culpas, de errores, de delirios llega el instante del reconocimiento, de la identificación: el protagonista se reconoce como sujeto de su culpa, se libra con ello de ser objeto, el simple objeto sobre el que ha caído

el favor de la condenación del destino que planea sobre los hombres y sobre los dioses. (2012: 161)

Destaca, por otra parte, la idea de que la heroína zambranianana supera los embates trágicos que la rodean gracias a la toma de conciencia de su capacidad de acción. Ella decide reconocerse como sujeto y en cuanto tal se da cuenta de que incluso recluida en una tumba sigue teniendo posibilidades de actuar. El sueño místico que espera a la protagonista al final de su camino de purificación trasciende toda condición sacrificial. «Ninguna víctima de sacrificio muere tan simplemente» (2012: 152) dice Zambrano. Por el contrario, Antígona será llamada a ejercer su libertad y capacidad permanente de reinención.

Antígona y Job encuentran una salida en la vía mística. Ya sea como vuelo, o como sueño, esta nueva realidad conquistada es una puerta de salida que apenas se esboza. Será en uno de sus últimos libros, *Los bienaventurados*, cuando Zambrano cree algunos personajes literarios, enteramente de su invención, que habitan esta realidad mística. Su presentación en el libro es la siguiente: «La simplicidad única del bienaventurado. Simplicidad que lo aleja de nosotros, que tan complejos hemos llegado a ser. Seres, vida y ser unidos. Están ahí son inmediatos» (1990: 15). Estos personajes bienaventurados son el exiliado, el filósofo y el místico. Los tres tienen características similares, pues han alcanzado la unidad conciliadora propia de la mística zambranianana. Veamos el ejemplo del exiliado. El horror de haber perdido su lugar de origen transforma al personaje bienaventurado en un sabio. El exiliado es «el que llegó en el mejor de los casos para dar a conocer algo muy íntimo, tan de dentro que el no exiliado, el que está en su casa, sentía sin ver necesitándolo tanto. Y así el exiliado revela sin saber» (1990: 33). El personaje del exiliado se sabe diferente y en cuanto

tal se alegra de poder compartir las lecciones aprendidas en el destierro. Él conoce el abismo en el que se unen la existencia y la muerte, la memoria y el olvido; gracias a esto ha tomado conciencia de su origen y de la posibilidad de reinventarse en todo momento.

Para finalizar, volvamos a la pregunta sobre si Zambrano traza una posible salida a los momentos de crisis. La respuesta queda demostrada en su incansable trabajo reflexivo que entrelaza la poesía, la filosofía, la mística, la tradición griega y la cristiana. Los personajes que acabamos de mencionar muestran cómo ella traza su propio camino y persiste en sus intuiciones conceptuales a lo largo de varios años hasta que no logra plasmarlas en textos poético-filosóficos que le merecerán el reconocimiento inequívoco del campo cultural de habla hispana. Ahora bien, la respuesta a la salida de una crisis no es unidireccional, sino que se dedica a sembrar pistas sugerentes que invitan a cada uno de sus lectores a encontrar un espacio reflexivo similar al interior de sí mismo. Algunas de estas claves hermenéuticas son la noción de que las crisis ocurren en el tiempo y que tras su paso ofrecen la posibilidad de reinventarnos; la exhortación a perder el miedo a la desposesión, puesto que el fondo único de cada ser humano seguirá intacto y lo único que podría desaparecer son sus figuraciones prescindibles; o también la invitación a conservar la condición de sujeto, que no de objeto, frente a las circunstancias desfavorables. Planteamientos que, por lo demás, son una prueba contundente de la importancia de seguir adentrándonos en el laberinto zambraniano. Vale la pena aceptar la exhortación clamada por la autora a construir un camino propio —reflexivo, poético y espiritual— sabiendo que no somos seres terminados y que, mientras no llegue el momento de la muerte, siempre es posible volver a construirnos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABELLÁN, J. L. (2004). «María Zambrano, alondra de la filosofía». En *María Zambrano. La visión más transparente*. BENEYTO, J. M. y GONZÁLEZ FUENTES, J. A. (eds.). Madrid: Trotta, pp. 311-318.
- BUNGARD, A. (2000). *Más allá de la filosofía: sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*. Madrid: Trotta.
- CIOCCHINI, H. (1979). «La santa realidad sin nombre. En torno a Claros del bosque de María Zambrano», *Ínsula*, 388, p. 3.
- CRUZ AYUSO, C. (2005). «“Advertencia” sobre la agonía de Europa». En *Actas del congreso internacional del centenario de María Zambrano*. Madrid, 2004. Tomo II. Crisis cultural y compromiso civil en María Zambrano. Vélez-Málaga: Fundación María Zambrano, pp. 166-174.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1947) «La razón histórica». En *Obras completas*. Tomo XII. Madrid: Revista de Occidente, pp. 263-266.
- (1942). *Ideas y creencias*. Madrid: Revista de Occidente.
- GUY, A. (1984). «María Zambrano intérprete del alma, de las ruinas y de Job», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 413, pp. 55-65.
- MORA GARCÍA, J. L. (2015). «María Zambrano. Una filosofía para afrontar el fracaso», *Aurora*, 16, pp. 52-64.
- MUÑIZ-HUBERMAN, A. (1998). «María Zambrano y el Libro de Job». En *Homenaje a María Zambrano. Estudios y correspondencia*. VALENDER, J. et al. México: El Colegio de México, pp. 61-66. <https://doi.org/10.2307/j.ctv47w4rf.8>.
- REVILLA GUZMÁN, C. (2018). «Europa en la perspectiva del exilio de María Zambrano», *Lectora*, 24, pp. 27-43.
- ROMERO, F. (1944). *Filosofía de la persona*. Buenos Aires: Losada.

- SOTO GARCÍA, P. y ESPINOZA LOLAS, R. (2015). «Xavier Zubiri y María Zambrano: de la crisis europea a una reforma del entendimiento», *Pensamiento*, vol. 71, núm. 266, pp. 435-457. <https://doi.org/10.14422/pen.v71.i266.y2015.011>.
- STANTON, A. (1998). «Alfonso Reyes y María Zambrano: una relación epistolar». En *Homenaje a María Zambrano. Estudios y correspondencia*. VALENDER, J. et al. México: El Colegio de México, pp. 93-141. <https://doi.org/10.2307/j.ctv47w4rf.11>.
- ZAMBRANO, M. (1937). *Los intelectuales en el drama de España*. Santiago de Chile: Panorama.
- (1939). *Pensamiento y poesía en la vida española*. México: La Casa de España.
- (1939). *La agonía de Europa*. Buenos Aires: Sudamericana, 1945.
- (1950). *Hacia un saber sobre el alma*. Buenos Aires: Losada. Segunda edición aumentada 1987, Madrid: Alianza.
- (1955). *El hombre y lo divino*. México: Fondo de Cultura Económica. Segunda edición aumentada 1973, México: Fondo de Cultura Económica.
- (1990). *Los bienaventurados*. Madrid: Siruela.
- (2012). *La tumba de Antígona*. Edición crítica de Virginia Trueba Mira. Madrid: Cátedra. Primera edición 1967, México: Siglo XXI.